

LA KOINONIA EN EL TESTIMONIO

Testimoniar juntos es consecuencia de estar juntos. Si desde los tiempos apostólicos una iglesia como la de Corinto, unida por la Tradición apostólica y la fracción del pan, ha dado un testimonio opuesto a causa de su división interna, las iglesias que están separadas desde el cisma del siglo V hasta la Reforma, difícilmente podrán manifestar al mundo la potencia de su amor y velan, por ello, el rostro del Señor. ¿Qué puede significar, entonces, más allá de una práctica común, una comunión en el testimonio?

El amor es una realidad que trasciende todo conocimiento y lo determina. En la primera Carta de San Juan, encontramos una correlación perfecta entre la comunión con Dios —manifestar la verdad, la comunión de unos con otros, y el conocimiento— y entre permanecer en Dios y la observancia del mandamiento nuevo y la victoria sobre el mundo. En efecto, el autor y el lugar del testimonio es el propio Espíritu Santo. Si juntos somos los portadores de ese testimonio manifestamos en comunidad la vida trinitaria. El Espíritu sella nuestra unión y hace de nosotros una única epifanía divina. Pero esto sólo es posible si los fieles, unidos por estrechos vínculos de amor, llegan a la plena expansión de la inteligencia que les permitirá comprender el misterio de Dios (Col 2,2). Gracias a la participación en este misterio podemos contribuir a «hacer crecer el cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a estar unidos en la fe y el conocimiento del hijo de Dios. De este modo alcanzaremos la madurez y el desarrollo que corresponden a la estatura perfecta de Cristo» (Ef 4,12-13, NIV). Este avance hacia el ser eclesial en sentido colectivo y de comunión se realiza en la visión del misterio de la Iglesia